



ESTACIÓN  
FANTASMA

RELATO BREVE

MANUEL JULIÁN

**MJW**  
WRITINGS

# ESTACIÓN FANTASMA

Manuel Julián



© ESTACIÓN FANTASMA

Autor: Manuel Julián

Título original: "Silvia vino a verme"

Segunda edición: junio de 2020

Edición especial para libre descarga.

Free download.

Printed by: Art Bonaire. Sitges. Barcelona.

Este relato forma parte de: "Frases que hacen nidos"

Ediciones DÉDALO

ISBN: 978-84-944102-1-5

Edición y propiedad intelectual de Manuel Julián.


No se ha publicado como único relato en ninguna editorial.

This book is intellectual property of Manuel Julián.

Unpublished work not presented in any editorial.

Idea original: Manuel Julián.

Writer freelance and copywriter

 ©julianswritings.com



# 1

## Maletín de cuero

Algunas rutinas te hacen comprender lo mucho que te has equivocado. Debí continuar los estudios cuando tuve la oportunidad de hacerlo, aunque la juventud no es la mejor época para tomar decisiones. Por eso estaba esa mañana allí, en el andén del metro, a la misma hora de siempre, esperando mi turno para entrar y poder sentarme.

Por algún absurdo motivo, viajar sentado me transmitía algo más de confianza, una frágil sensación de que hoy sería diferente. Sin embargo al regresar, después de una larga jornada, esa sensación se había desvanecido y en su lugar solo había cansancio.

El tren arrancó con todos sus pasajeros y de nuevo tuve ante mí a las mismas personas de cada mañana. Miré al hombre del libro, su aspecto era cuidado, el pelo, quizá un poco largo, pero peinado, zapatos lustrados, abrigo grueso, de paño y un maletín de cuero, con cierre de seguridad de código numérico. Junto a la empuñadura una pequeña placa desgastada con su nombre: Germán. ¿Ejecutivo, comercial, financiero? Podría encajar en cualquiera de esas descripciones, pero yo sabía la verdad, lo único que guardaba en su maletín era su desayuno y su oficina consistía en un banco de madera en la estación de metro Universitat.

Alguien dijo que vendía ideas, que cuando un empresario no sabía cómo reflotar su compañía, Germán les diseñaba un procedimiento de emergencia con resultados sorprendentes. Pero la realidad era que ahora no tenía trabajo y esto es algo que todavía no había comunicado a su familia. Ya habían transcurrido dos años desde el despido, el jefe lo llamó al despacho una mañana de lunes y le dijo que le hacía un favor porque con el tiempo le resultaría insufrible ponerse al día con las nuevas tecnologías, en su lugar contrataron a cuatro jóvenes sin apenas sueldo, sin extras, ni vehículo de empresa, ni pluses. Cuatro aprendices cautivados por ambiciosas promesas que eran como migas de pan de un antiguo banquete al que ni siquiera habían sido invitados.

No lo había dicho en casa porque se sentía avergonzado, inconscientemente quería alejar de su mente la sensación de fracaso, pero la idea siempre regresaba a él cada vez con mayor intensidad. ¿Cómo le diría a su esposa que debía dejar

de asistir a sus partidas de bridge en la Casa Club o buscar una peluquería más económica y olvidarse del spa? Y a sus hijos, ¿Cómo decirles que no les regalaría el último modelo de dispositivo electrónico o la estancia en Londres con su colegio privado?. De momento a su esposa y a sus dos hijos no les faltaría de nada y podrían mantener su estilo de vida gracias a los beneficios de unas inversiones que realizó en los ochenta, algo de ahorros y la liquidación. Pero todo esto no duraría para siempre y pronto se descubriría el engaño.

Germán era el primero en sufrir las consecuencias de su propia mentira. Su vida era absurda, una existencia tan vacía y monótona, que por primera vez sintió algo parecido al vértigo. En cierto modo estaba huyendo de la realidad, odiaba descubrir en lo que se había convertido, ocultándose en la línea cinco del metro de Barcelona.



Abrió su maletín y dio un sorbo a su café de termo, todavía estaba caliente. Su tiempo transcurría viendo pasar los trenes, en comerse la merienda, continuar su lectura y observar como la gente se precipitaba en una frenética actividad mientras él ya lo tenía todo hecho. No confraternizaba ni saludaba a nadie, no quería dejar ningún rastro, aunque después de tanto tiempo ya no podía pasar inadvertido.

## 2

### Gaudí estación

A principios de año descubrió un reducto donde descansar, un lugar más discreto y lejos de las miradas: la estación fantasma de Gaudí. Construida en 1968 como un enlace entre dos líneas, la estación nunca llegó a entrar en funcionamiento. Un nuevo trazado que conectaría Sagrada Familia con Sant Pau había dejado la estación abandonada para siempre. Una iluminación casi espectral dibujaba sombras

sobre los bancos de madera en los que nadie se había sentado, escaleras a las que nadie había accedido, puertas que nadie abriría, y todo ello conformaba el desolador paisaje del olvido.

En aquel escondite perfecto que aún conservaba intacto el mobiliario, los andenes y el área de espera, Germán podía meditar en lo que había sido su vida hasta ahora y también en los nuevos retos que le esperarían en el futuro. La luz de los trenes se filtraba fugazmente zigzagueando entre las oberturas de las paredes. Ese chirriar de los raíles y la penumbra provocaban en él un efecto calmante

Una mañana gris de enero, después de la resaca de las fiestas de navidad, Germán se dirigía a su improvisada oficina de la estación abandonada. Muy cerca de allí, junto a las vías unas adolescentes mantenían una animada conversación sobre el preestreno de una conocida serie televisiva. Las jóvenes, con sus inseparables Smartphones y enormes mochilas,

jugueteaban entre ellas bromeando sin darse cuenta de que el tren estaba a punto de entrar en la estación. La joven de cabello más rubio resbaló y cayó al foso del andén en el momento en que las ruedas de la máquina R7894 ya hacían rechinar su acero. Germán estaba allí y yo también, pero fue él quien se lanzó al foso de vías y sacó a la niña con vida en el último momento. Se armó un buen revuelo: acudió la policía, una dotación de bomberos y la ambulancia, pero Germán yacía inconsciente sobre un charco de sangre y restos del pan de un desayuno que nunca terminaría.

Pocos minutos después su camilla recorría los pasillos del hospital Vall d'Hebron y fue redirigido hasta un box de preoperatorios.



# 3

## Primeros recuerdos

Las enfermeras atendían todas sus tareas con la misma dedicación que el primer día. Para ellas no era solo un trabajo. La odiosa crisis económica había afectado también al sector sanitario y a pesar de los recortes, la salud pública era todavía una de las mejores de Europa.

Germán llevaba en la misma cama varias semanas y aún no había despertado. Las imágenes recogidas por las cámaras de seguridad mostraban a un hombre arriesgándolo todo por salvar a una adolescente. El presentador de los espacios informativos le llamó 'héroe' y todo el mundo pudo ver cómo el tren le golpeaba

La esposa de Germán no podía creer lo que estaba viendo, ¿qué hacía su esposo en una estación de metro? ¿Acaso no iba al trabajo en su vehículo de empresa? Cuando por fin se supo todo, ella rompió el cristal del bufet con una figura de bronce, miró entonces el reflejo del espejo cuarteado y vio toda su vida reflejada en él. Los embarazos, las enfermedades, las decepciones, algunas alegrías, los secretos y la indiferencia.

Poco después del accidente le abandonó mediante uno de esos divorcios exprés en los que solo necesitas tu propia firma, ahora ya no había excusas y por fin podría entregarse a su

profesor de fitness sin remordimientos. En cuanto a sus dos hijos, ellos odiaron a su padre porque ya no podían soportar las burlas de sus compañeros de clase. Eran los hijos de un loco que llevaba dos años fingiendo que iba al trabajo y también le odiaron porque ahora ya no podría costear sus caprichos.

Casi todo el país había visto y comentado las imágenes de vídeo, había una mujer, muy elegante, Silvia. Ella fue la primera en acudir en su auxilio, y desde entonces le visitaba cada día en el hospital. Germán no recibía ninguna otra visita excepto Silvia.

Los días transcurrían deprisa. A través de la ventana, los árboles desnudos durante el invierno volvían a brotar en primavera y se llenaban de hojas y pajarillos en el verano. Germán respiraba asistido por una máquina de apneas, en sus sueños se veía a sí mismo como un Clark Kent en silla de ruedas. La última imagen que podía recordar era la de los faros del tren aproximándose y una adolescente sollozando sobre su cuello. La vida se detiene



a veces para uno, pero solo se trata de un engaño, porque el tiempo no espera a nadie.

Los médicos hablaron con Silvia. Cuanto más tiempo transcurriera dormido, menos posibilidades de recuperación se creaban y después habría que afrontar un largo periodo de recuperación. El paciente podría deteriorarse hasta entrar en un estado vegetativo irreversible o despertar habiendo perdido una buena parte de su facultad del habla, de la vista, de los recuerdos...

La mente de Germán buscaba un nexo de unión entre el pasado y el presente, algo a lo que aferrarse para despertar y mientras tanto, Silvia continuaba visitándole, manteniendo sus monólogos, sujetándole la mano, leyéndole o escuchando música. Todos estos estímulos llegaban hasta él como el eco de una lejana feria de atracciones, eran sin embargo extraños y al mismo tiempo agradables, su dulce voz anónima era para

Germán el mejor calmante y su único contacto con el exterior.

Las enfermeras permitían a Silvia quedarse siempre que cada



# 4

## Libro de visitas

Una mañana de otoño, Germán abrió los ojos en medio de una tempestad de luces y movimientos que le aturdían, los gráficos del electrocardiograma describían las elipses más puntiagudas que se habían registrado desde su ingreso. El estetoscopio acusaba una repentina actividad emitiendo un agudo aviso acústico y las enfermeras habían acudido en tropel para comprobar sus constantes vitales.

Durante esa semana, Germán pudo leer todos los documentos legales que había sobre su mesita. Su ex mujer no le exigía ninguna paga porque era insolvente, pero se quedaba con el resto del pastel: las casas, los coches, todo lo que pudiera vender para según decía “rehacer su vida”.

El cirujano había recomendado a Germán la visita de un psicólogo, le extendió la tarjeta de un colegiado y también le dijo que lo que le había pasado era normal, en el 80% de los casos la mujer se divorcia porque no desea vivir con un lisiado. Esto último se lo dijo señalando el implante de titanio en su pierna. Germán todavía no se había adaptado al accesorio ortopédico.

El jueves de esa misma semana fue trasladado a un centro de rehabilitación, allí tendría que aprender de nuevo a andar porque su cerebro había olvidado que tenía dos piernas.

Durante los próximos días viviría en la casa que sus padres le habían entregado en herencia, era la última voluntad de ambos antes de fallecer. Conservaban aquella casa en Collserola y un huerto en el que ahora solo crecían ortigas. Esta propiedad era lo único que había sobrevivido al expolio del divorcio y cada mañana Fernando, el taxista lo recogía puntualmente, a las ocho para llevarlo al centro al que llamaban “El taller”.

El lunes próximo tendría la visita de su cirujano:

—¿Cómo se encuentra hoy señor Germán?

—Bueno, digamos que he estado mejor.

—Según los informes, parece que ha realizado muchos progresos y ya puede caminar sin ayudas, es importante que continúe realizando los ejercicios en casa, si todo va bien le podremos dar el alta en unos veinte días—.

El doctor Bernat garabateó algunas notas actualizando su diagnóstico y luego volvió a mirarle por encima de sus gafas

para iniciar su discurso sobre cómo el hecho de mantener buen ánimo contribuiría a su salud y bienestar. Sin embargo, para romper un poco el hielo, decidió dar un giro a su sesión de preguntas:

—¿Cómo le va a Silvia?

Se hizo un hueco silencio en el que Germán no terminaba de comprender la intención de su pregunta:

—¿Quién es Silvia?

—¿Cómo que quién es Silvia?, ¿Quién crees que ha pagado tu pierna y las sesiones de fisioterapia?

Germán sintió un repentino vértigo, una especie de pinzamiento en el hipocampo de su cerebro, de algún modo, el nombre le resultaba familiar, una anónima voz sin rostro, el suave tacto de una mano. Era tal el grado de ofuscación que el cirujano pidió que le mostraran el libro de visitas, Germán pudo comprobar

que alguien que se llamaba Silvia había venido a verle casi cada día durante toda su convalecencia.

Fernando le llevaba de vuelta a casa cuando Germán le pidió un favor especial: —Sé que esto no forma parte de tus obligaciones, pero necesito que me lleves a otro sitio antes de ir a casa.

—¿Ya empiezas a recordar?, —Le preguntó el taxista. Pero Germán solo miraba por la ventanilla:

«¿Quién es Silvia?» Necesitaba encontrar alguna respuesta.

Solo había un lugar donde Germán podía encontrar la armonía y el espacio vital que ahora precisaba, simplemente un lugar para pensar: Estación de Gaudí, línea cinco.

—Puedes irte, Fernando. Me quedaré aquí un buen rato.

—¿Estás seguro?

—Sí, no te preocupes.

—Llámame de todos modos si no encuentras taxi para volver.

—Fernan, gracias, conozco tu número de memoria.

Accedió al andén abandonado y se sentó en el banco de la estación a esperar un tren que como en el poema de

Yukio Mishima nunca llegaría. Estuvo así durante más de media hora, pensó en su pierna, en el comportamiento de su familia, en la última conversación con su ex jefe, en el tren aproximándose, en el momento en que despertó, en Silvia sin saber quién era.

Cuando por fin emergió de las entrañas de la ciudad caminó unos metros por la acera respirando algo del aire fresco del atardecer. A penas había dado cuatro pasos por la calle Provença cuando un hombre uniformado se aproximó hasta él:

—¿Señor Germán?



El hombre de impecable traje azul tenía acento inglés, era la primera vez que Germán lo veía y miró a su alrededor pensando en que se confundía.

—¿Señor Germán? Necesito que me acompañe.

Ahora no había ninguna duda y además le llamaba por su propio nombre. No tenía muy claro lo que estaba pasando ¿le habrían denunciado por entrar sin permiso en algunas dependencias privadas de Transportes Metropolitanos de Barcelona?

—Perdone, pero ¿usted quién es?

El hombre dio otro paso y le extendió la mano: —Lo siento, no me he presentado. Me llamo John y soy el chofer personal de la señora Silvia—.

Minutos después Germán se encontraba sentado en la parte de atrás de un Audi S6 en dirección a Sant Gervasi. Como si

sufriera una irresistible atracción, el nombre de Silvia le había llevado flotando hasta aquel mullido asiento de cuero beige

Durante el trayecto no hubo ninguna conversación, el conductor solo hacía su trabajo y Germán siempre había sido discreto.

—Hemos llegado señor Germán.

Muy cerca de la calle Iradier, el chofer accionó un mando a distancia y entraron por un portalón de hierro forjado sujeto a una extensa verja de Tuyas. Rodearon la glorieta principal mientras un servicio de jardinería limpiaba los parterres de vivaces. En la puerta del palacete acudió un mayordomo de pelo blanco y guantes de algodón.

—Bienvenido señor. ¿Puede acompañarme? —El mayordomo esperó pacientemente a que Germán controlara los movimientos de su pierna ortopédica y no reemprendió el camino hasta que su huésped hubiese ganado confianza.

Después de esto, Germán se adentró en la casa coronada por balaustradas modernistas y ventanas gelatinadas de orfebrería en plomo. Siguió al mayordomo por una amplia escalera de mármol, madera y bronce hasta detenerse delante de una puerta. Era la biblioteca.

—Por favor, espere aquí

Al minuto se oyó un leve taconeo aproximándose a la puerta, ella entró despacio, contoneándose como una versión lenta de Gilda.

—Siéntate Germán

El obedeció, Su voz burbujeaba en su cerebro como una antigua canción de cuna. Mientras ella se acercaba, él comenzó a hablar, estaba nervioso:

—Quiero decirle que estoy muy agradecido por todo lo que ha hecho por mí, la verdad es que, en fin, ni siquiera nos conocemos.

—¿Cómo puedes decir que no nos conocemos? ¿Cómo puedes pensar eso, baldufa?

—¿*Baldufa*? —Nadie le había llamado así desde..., desde el colegio. De hecho la única persona que alguna vez lo hizo fue Silvia, su amor de adolescente, su primer beso, su nombre rotulado en las libretas, sus ojos sonrientes. Él era más gordito y siempre botaba la pelota de baloncesto delante de ella para llamar su atención.

Silvia Dalmau había estado casada durante todos estos años con un conocido empresario. Él le había dado todo lo que tenía excepto el cariño. Su vida, gris e insípida, la había compartido con un hombre que le había sido infiel en incontables ocasiones y que ahora hace apenas tres años fallecía de una afección cardíaca. Desde entonces se había propuesto averiguar algo sobre Germán, cómo estaba, cómo le iba en la vida. Pero Germán había desaparecido, ni siquiera lo encontró

en las redes sociales, ni en el trabajo, hasta que aquella mañana lo vio en el andén de la línea cinco. El mismo día en que se lanzó a las vías para salvar a una adolescente. Ese día también le salvaba a ella dándole un nuevo propósito a su vida. El de cuidarle, el de amarle como la primera vez.

—Ya no pasarás más tiempo sentado en la estación, yo te cuidaré

—¿¡¡Silvia!!? Pero..., hace mucho tiempo, casi cuarenta años.

Silvia se acercó todavía más y le besó tiernamente. Germán solo podía escuchar el latido de su corazón sobre su pecho y percibir el ansiado olor de su pelo, una fragancia que evocaba en él una época que creía olvidada para siempre.

En ese momento Germán lo recordó todo como si solo hubiesen pasado minutos.

Las nubes que cubrían densa y perezosamente la intensa luz de otoño desaparecieron, los jardineros proseguían con su

replantación de clivias y el chofer inglés abrillantaba el vehículo, todo parecía normal y cotidiano. Para la mayoría de la gente todo continuaba igual que ayer, excepto para Germán. Porque, para él todo comenzaba hoy.